**«Con la iglesia hemos dado, Sancho»**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático de Lengua española. Jubilado

Estaba celebrando la misa de la restauración monárquica en el monasterio de El Escorial. Los Reyes, Juan Carlos y Sofía, estaban presentes. A ellos les decía el oficiante que en la nueva España «los reyes gobiernan pero no mandan», en la nueva España «había que amnistiar el pasado», en la nueva España «había que instaurar un régimen democrático de libertades». Uno observaba a los Reyes que miraban sin ver y casi oían sin escuchar. Y monseñor Tarancón insistía impertérrito. «Majestades, eso es lo que hay». Era la iglesia postconciliar, la auténtica del 62, no la hispánica de la dictadura tardía.

Al recordar estos datos en una conferencia parroquial en Jaén, le entró al cura don Tomás un cosquilleo por el alma. Trataba de excusarse porque en su parroquia se expusieran estas ideas. Le convencí de que había llegado la democracia, que el nuevo presidente Suárez llevaría a España por sendas pacificadoras. Don Tomás podía representar a la otra Iglesia, la componedora del franquismo, la del bajo palio entramos, la de los principios fundamentales del movimiento. Todavía estoy viendo a Camilo Alonso Vega en el altar mayor de la catedral de Málaga, tieso como un fusil, en postura reverente hacia el obispo auxiliar, monseñor Benavent Escuín. Esa Iglesia de la dictadura se llevaba bien con el statu quo de España, había sufrido en su cuerpo el desgarro de la República y el incendio machacón de los anarquistas en sus propiedades. No quería más sangre en sus filas. Pero Herrera Oria no estaba por la labor; lo exiliaron a Málaga, como se hizo con Unamuno en Formentera, con Ortega y Marañón en Argentina, con Severo Ochoa en Estados Unidos, con otros muchos exiliados voluntarios que después se fueron reintegrando a España. Monseñor Herrera Oria se las ingenió para volver a Madrid donde dirigió “El debate” y “El sol”, donde regentó la Escuela Social León XIII, y en su caso no es cierto lo que dice Fernando Suárez González: el cardenal Herrera tenía una relación tirante con Franco; lo comprobé en la escalinata de la iglesia de Carranque, en su inauguración; al ver que no llegaba todo el coro del seminario, estuvieron cinco minutos serios y en silencio, el general miraba al obispo pensando qué clase de seminaristas tienes. Otros jerarcas de la época ciertamente fueron unos consentidores: el cardenal Pla y Daniel, el cardenal Quiroga, el cardenal González Martín, pero hay que quitar de la lista a Tarancón y a Herrera Oria. Y subiendo a los Papas: Pío XII, san Juan Pablo II, Benedicto XVI hicieron lo que la Iglesia española les aconsejaba, pero no san Pablo VI que a decir de Cárcel Ortí preparó a la Iglesia española para la transición diez años antes. Del jesuita Papa Francisco I ya podemos imaginar lo que diría llegado el caso. Hay que tener en cuenta que siempre se ha creído que Franco favoreció el auge del Opus en perjuicio de los Jesuitas del Norte.

A los españoles siempre nos molestó la actitud de la Iglesia española con los problemas de El país vasco y Cataluña. Antes con Franco y después con la Monarquía instaurada. Es creencia común que ETA nació en el seminario de Vitoria, entre los curas; los etarras, léase Otegi, siempre han sonreído a la Iglesia. Hay que recordar el episodio del párroco de Irún dando cobijo a los huidos y perseguidos por la guardia civil para comprender algunas cosas. Esto no obsta al aserto de Juaristi de que la burguesía vasca prohijó y después hundió a los terroristas. Incluso monseñor Blázquez se avino a aprender eusquera y a tratar de comprender el problema en una especie de síndrome de Estocolmo. Muchas cosas se han reconocido una vez muerto monseñor Setién. ¡Qué pesadilla! ¿Y Cataluña? ¿Y la Mureneta? Se suele aceptar que la Iglesia catalana es más independentista que el mismo Puigdemont. Cuántas peregrinaciones catalanistas al santuario, incluidos los ejercicios espirituales de Torra. ¿Quién ata al abad de Monserrat? Pujol, de acólito. El cura en misa, junto al conteo de votos. ¿Hay que hacer visitas pastorales a los políticos presos de Lledoners y no a los de Picassent en Valencia? Y Roma sin querer saber nada del problema. De aquellos polvos, estos lodos. A ver si es verdad que la Iglesia después del Concilio Vaticano II «no se identifica con ningún proyecto político», ni siquiera con los extremos de nuestro panorama político.

El título del artículo de opinión es el correcto. Don Quijote se adentró en un pueblo de la Mancha, callejeó y dio con una iglesia. Sin más. ¡Cuánto se ha manipulado y querido entender sin que lo intentara Cervantes! Yo no sé si me he topado o no con la Iglesia. Lo que sí es cierto es que sé dónde está. Yo pude estudiar bachillerato gracias al seminario diocesano de Málaga. ¿Quién podía salir de su pueblo en el año 1956 para estudiar algo? Años de carestía y de quietud. Mi intención era ser cura, pero los curas al final no me aceptaron. No hubo trampa ni cartón. Una vez fuera de la protección eclesiástica tuve que acudir a las becas del régimen anterior. La famosa beca-salario. Así pude llegar a provincia tan lejana como Granada, para estudiar en su universidad.